

Luis G. Martín



# Sefarad

**E**n uno de los barracones del campo de concentración de Auschwitz que se conservan todavía abiertos para recordar los horrores nazis, hay un corredor completamente lleno de fotografías enmarcadas que muestran el rostro de prisioneros. No recuerdo bien las cifras, pero esas fotografías son sólo unos pocos centenares de las miles que los alemanes fueron haciendo puntualmente a todos los prisioneros que llegaban al campo.

La visión de esa galería de retratos es estremecedora porque sabemos que todos aquellos hombres y mujeres que están posando murieron poco después asesinados en las cámaras de gas o en espeluznantes experimentos médicos. Cuando les fotografiaron, recién llegados al campo, eran personas todavía normales, sin secuelas demasiado graves de las brutalidades que inmediatamente comenzarían a sufrir. Habían so-

portado larguísimos viajes en trenes de ganado, habían sido desnudados en público y humillados a su llegada, se les había rapado el pelo y se les habían confiscado sus pertenencias; pero todo eso no había bastado para borrarles la expresión humana. Algunos vigilan la cá-

**La novela *Sefarad*, de Muñoz Molina, es una galería de retratos de hombres y mujeres expulsados de su propia vida**

mara incluso con una mueca de fascinación, quizá porque nunca antes les habían fotografiado en sus aldeas de origen y sentían el mismo asombro que quien monta en avión o ve el mar por primera vez. Otros observan recelosos.

Pero la mayoría miran hacia el objetivo desorientados, perplejos.

Unos días atrás eran oficinistas o comerciantes con familias y con amigos, tenían ambiciones y rencillas, leían libros, vivían en sus casas...; y de repente se encontraban vestidos con uniformes de reo en un lugar lejano de Polonia, apartados de todo lo que eran y de lo que amaban. Me he acordado de ese barracón leyendo la novela *Sefarad*, de Antonio Muñoz Molina, que es justamente eso: una galería de retratos de hombres y mujeres que han sido expulsados de su propia vida y que miran con un cierto pasmo, desconcertados, el extraño mundo que les queda al frente. Y a pesar del asombro que produce pasear por el barracón de Auschwitz, puedo asegurarles que una imagen no vale más que mil palabras, si éstas son las palabras conmovedoras y afiladamente lúcidas de Muñoz Molina.